

HISTORIA DOLOROSA,

DIVIDIDA EN SIETE CANTOS,

EN QUE SE VE LA ACERVÍSIMA PASION Y MUERTE DE Nuestro Redentor Jesu Cristo, y la compasion de su Dolorosísima Madre y Señora nuestra.

POR EL PADRE Fr. TEODORO JOSÉ DE CABRA, DE LOS menores Capuchinos de N. P. S. Francisco.

Córdoba: Imprenta de D. Fausto Garcia Tena, calle de la Librería número 2.

CANTO PRIMERO.

EMPERATRIZ Soberana,
Señora del Cielo y Tierra,
de tu gracia y de tu auxilio
hoy imploro la asistencia;
Pues mi reverente afecto
á mi débil pluma empeña
en la expresion dolorosa
de tus indecibles penas.
Ya se ve, que es osadia
que no enmudezca la lengua,
haciendo que el dolor mismo
por si mismo las refiera.
Ojalá fuera mi pluma
una alambicada pena!
porque penas de Maria
solo se escriben con penas,
Quisiera yo, que la tinta
amargas lágrimas fueran,
que amargamente llorasen
un dolor en cada letra.
No quiero aqui lo insensible
del papel, pues yo quisiera,
que para papel sensible
diera el corazon sus telas.
Mas viendo, que no es posible,
y atendiendo á mi rudeza,
diré lo que San Bernardo
en ocasion como esta.
Estando para escribir
los Dolores de esta Reyna,
exclamó este Santo Padre,
y dixo de esta manera:
Yo bien quisiera llorar, (1)
ojalá y que yo pudiera!
mas no sé si el corazon
es de bronce, ó es de piedra.
Si no lo dixera el Santo,
por cierto no lo creyera,
si esto dice San Bernardo,
ay de mi! yo que dixera?
Pero con el mismo Santo,
implorando la asistencia
de esta Reyna Soberana,
suelto á el discurso las velas.
En esta navegacion,
la navecilla pequeña
del discurso surcará
un mar inmenso de penas.
Digo, pues, que llegó el dia
en que esta madre bebiera
el amarguísimo Caliz
de la Pasion mas acerba,
Una noche, que en Betania
se hallaba la triste Reyna
con su dulcísimo Hijo
en casa de Magdalena:
Dia veinte y tres de Marzo,
quando ya cumplidas eran
de su Predicacion Santa
las Santísimas tareas:
Año de la Creacion
cinco mil doscientos treinta
y dos, segun se regula
por los computos la cuenta:
Sucedió, pues, que esta noche,
que se llegó Magdalena,

(1) *D. Bern.*

á el Señor, con sumision,
diciendo de esta manera:
Yo os suplico, Señor mio, (2)
que vuestra magestad quiera
detenerse aqui esta Pasqua,
respecto que está tan cerca.
A esto respondió el Señor:
no es posible Magdalena,
porque á mi en Jerusalen
me precisa ya el tenerla.
Esto dixo con agrado,
y con Magestad suprema,
y despues se retiró
á un quarto que estaba cerca.
Alli, pues, se puso á orar,
y la Purisima Reyna,
como lo vió en oracion,
se fué á acompañarle á ella.
Entróse en aquel retiro
con Jesus, su amada Prenda,
quien con el mayor agrado
recibió á la gran Princesa;
Esto fué por suavizarle
el paladar, porque pueda
beber la pózima amarga,
que por instantes la espera.
Correspondió la Señora,
agradable y placentera,
con cariñoso semblante;
con afabilidad tierna.
Pues viene á ser en las flores
indispensable etiqueta
mostrarse á el Sol apacible
si él placentero se muestra.
Viendo esto, quiso lograr
el amor de Magdalena
la ocasion, y no perder
una proporcion tan buena.
Y asi se entró donde estaban
las Magestades Supremas
de Hijo y Madre, y de esta suerte
le habló á la Divina Reyna:
He suplicado, Señora,
á mi Maestro se detenga, (3)
para celebrar la Pasqua
en esta su casa, y vuestra.
Me ha respondido, que no,
y por lo tanto, quisiera,
que para lograr el si
tus ruegos intercedieran.
Valgome de tu favor,
para que admita mi ofrenda,
pues sin duda por indigna
mi Maestro la desprecia.
No es ya por adelantar
el blason, que se interesa
mi casa en estos instantes,
que mi Maestro está en ella.
Ni tampoco es por lograr
el gozo, que experimenta
mi alma al ver á el Señor
estar sentado á mi mesa.
Es solo si, porque temo
que ahora tal vez lo prendan,
pues Fariseos y Escribas
andan por ver si lo encuentran.
Y asi no será razon
dexemos ir nuestra Prenda
á las alevosas manos
de una gente tan perversa.
Porque basta esta zozobra.
para que esta Pasqua sea
el banquete un puro acivar,
y el festejo todo penas.
Oyó la prudente Madre
lo que dixo Magdalena,
y fué á empeñar los respetos
de su autoridad Materna,

(2) *Div. Bonav.* (3) *Ibidem.*

Arrodillóse á los pies
de Jesus, su amada prenda,
y con dulcísimas voces [4]
lo dixo de esta manera:

Supuesto, Señor, que tanto
de agradecido te precias,
no desprecies los deseos
de tu amante Magdalena.

Atiende, atiende á sus ruegos,
y el agradecerlos sea
en esta próxima Pasqua
el dexarte servir de ella.

Dulcísima Madre mia, [5]
(dixo el Señor) yo quisiera
condescender con tus ruegos,
y con los de Magdalena;

Pero es preciso cumplir
con la voluntad Eterna
de mi Padre, pues que quiere,
que en Jerusalen la tenga.

Esto dixo, y separado
en su retiro se queda,
y hasta allá al romper el dia
en la Oracion persevera.

Antes de salir la luz [6]
llamó el Hijo á la gran Reyna.
la que vino, y luego al punto
se arrodilló en su presencia.

Asi postrada á sus pies,
le dixo de esta manera:
Hablad, Señor, y Dios mio,
que ya os oye vuestra Sierva.

Echóle el Señor los brazos,
y con Magestad suprema,
á la Princesa del Cielo
la levantó de la tierra.

Y con semblante apacible,
con voz dolorosa y tierna
le habló á su afligida Madre,
diciendo de esta manera:

Ya Madre y Señora mia,
el tiempo prescripto llega
de que se execute en mi
quanto han dicho los Profetas.

Ya pues ha llegado el tiempo
de padecer, y que á expensas
de oprobios y de tormentos
la Redencion sea hecha.

Con que asi, Madre y Señora,
mi respeto solo espera
de tu voluntad el *fiat*,
subordinada á la Eterna.

Aun no habia concluido
el Señor, quando ya eran
sus tristes ecos Verdugos
para el Alma de esta Reyna.

Huyó el hermoso color
de su cara hermosa y bella,
y entre tristes palideces
turbada toda se queda.

Quisiera hablar, y el dolor
no lo permite siquiera,
daba el corazon impulsos;
pero los labios los niegan.

Confundido entre sollozos
los labios, y voces tiernas
que queria articular
la dolorosa Princesa.

Por último se esforzó,
sacó fuerzas de flaqueza,
y con dolorosas voces
le dixo á su dulce prenda:

Ay! dulcísimo Hijo mio,
que desfallezco de pena
á el oir el triste anuncio
de noticia tan funesta!

---

(4) *Idem Div. Bonav.*
(5) *Idém ubi supra.*
(6) *Mística Ciudad de Dios*, 2. *p.*

Al oir tu voz, Jesus mio,
el corazon se deserta (7)
del pecho, pues mayor golpe
pronostica que le espera;
Porque si solo el anuncio
me aflige de esta manera:
qué será la execucion
de una Pasion tan funesta:
O Dios mio! ó Padre Eterno! (8)
mira, atiende y considera,
que toda estoy conturbada,
sin alientos y sin fuerzas.
Mis entrañas desfallecen,
y asi te pido merezcan
el premio, porque hospedaron
á la Magestad inmensa;
Pero si es Decreto tuyo
que mi dulce Dueño muera,
executese el Decreto,
y cumplase en hora buena.
Mas concededme el alivio
de que yo en mi misma sienta
sus dolores y tormentos,
y sus oprobios y afrentas.
Esto dixo la Señora,
pero con tal afluencia
de lágrimas, que á el Señor
le hizo se enterneciera.
Y al ver llorar á su Madre (9)
lloró Cristo, vida nuestra,
y esto era un nuevo martirio
para el Alma de esta Reyna.
Pero mezclando el dolor
con afabilidad tierna,
le habló el Señor á su Madre
para mitigar su pena.
No os aflijais, Madre mia,
no lloreis. mas, dulce prenda,
que duplicais mis tormentos
si asi os liquidais en perlas.
O Señor y prenda mia,
respondió la gran Princesa,
no es delito que yo llore,
siendo Madre verdadera:
Ni es esto contravenir
á la voluntad Eterna,
sí dar algun desahogo
á una pena tan intensa. (10)
Con la voluntad Divina
estoy conforme, y dispuesta
á beber contigo el Caliz
de la Pasion mas acerba.
Y aun si faltaran Verdugos,
yo misma Señor lo fuera
de tu persona, que es mia,
sin reparar que lo era.
Y asi, Señor, si tu quieres
morir, yo quiero que mueras,
mas para llorar tu muerte
me has de conceder licencia.
Porque quitarme el sentir,
sin duda es querer que muera,
y asi si quieres que viva,
me has de conceder que sienta.
Que Madre tuviera á Dios
por hijo, que no sintiera
verlo morir afrentado,
siendo la misma inocencia?
Y asi, dulce Dueño mio,
andad muy en hora buena;
pero dexadme sentir,
dexadme llorar mi pena.
Por unos viles Esclavos
de ingrata correspondencia
vas á derramar tu sangre,
con indecible fineza.

---

(7) *Cor meum, &c.* *Ps.* 13. (8) *Vide Domine, &c.* Jerem. 11.
(9) *D. Bonav.* (10) *D. Ansel. apud Bibliot. virginal.*

Vé Hijo mio á padecer,
pues tu amor asi lo ordena,
que en viles ingratitudes
cobrarás la recompensa.
Vé Hijo mio á padecer
la muerte, escarnios y afrentas,
por que quien á ingratos ama
es preciso que padezca.
Pues echadme, Madre mia
(dixo Cristo. vida nuestra)
vuestra bendicion, mostrando,
que sois Madre verdadera,
Arrodillado el Señor
á las pies de la gran Reyna;
y entonces la humilde Madre
se postró tambien en tierra.
Levantate, Dueño mio
(decia la gran Princesa)
que el verte asi arrodillado
es confusion de tu Sierva.
Dame tus brazos, bien mio,
antes que á la Cruz, y sea
este abrazo dulce enlaze,
para que contigo muera.

Dicho esto se abrazaron
las Magestades Supremas,
exhalandose en dulzuras
de reciprocas finezas.
Asi enlazados los brazos,
aun no acertaban siquiera
á romper de aquel enlace
la dulcísima cadena.
Hasta que el Señor Divino
le dixo á su Madre tierna:
dexame ya, Madre mia;
porque la muerte me espera.
Pues á Dios, dulce amor mio,
á Dios, adorada Prenda,
á Dios, y á Dios que me dé,
en tanto padecer fuerzas.
Contigo estaré yo siempre,
dadme, Señor, fortaleza;
no me niegues ese alivio,
ya que huerfana me dexas.
Con esto levantó el brazo.
y la bendicion le echa:
quiera Dios que nos alcance
la bandicion en su diestra. Amen.



CANTO SEGUNDO.

DEspedida de su Amado
dexamos á nuestra Reyna,
mas tardó poco en seguir
á Jesus, su amada Prenda.
En seguimiento del Hijo
caminó la gran Princesa,
siguiendo á su misma Vida,
para no morir de pena.
Dexando, pues, á Betania,
emprendió la triste senda,
que le mostraba su amor
á impulso de su fineza.
Enlutado el corazon,
y el alma toda cubierta
de tristes lutos, que indican
lo crecido de su pena.
Salió esta triste Señora,
acompañada de aquellas
devotas Santas Mugeres,
y felices Compañeras.
Quasi sin aliento andaba,
y es preciso que asi fuera;
ya se vé, como que iba
á ver á su Vida muerta.
Mas si el dolor le quitaba
sus debilitadas fuerzas,
el ansia de ver á el Hijo
le infundia fortaleza.
Ansiaba la triste Madre
por ver otra vez siquiera
vivo, al que lloraba muerto
en su dolorosa idea.
Enviabale en suspiros
los avisos de su priesa;
mas esto solo servia
de acivarar mas la pena.
No es lo mas, que esta Señora
y delicada Doncella
anduviese á pie el camino,
que era casi de una legua;
Lo mas es, que siendo Madre
y de Dolores tan llena,
tenga valor, tenga alientos,
y para andar tenga fuerzas.
Cómo iría esta Señora? (11)
Cómo iría esta gran Reyna?
Qué triste! Qué Dolorosa!
Qué fatigada! Y qué muerta!
Aceleraba sus pasos
de tal suerte, que quisiera
ir al paso del deseo,
ó á el paso de su fineza.
A Jerusalen llegó,
no se si viva ó si muerta,
poseida del dolor,
y oprimida de la pena.
A el Alcazar de Sion (12)
la llevan sus Compañeras,
parte de la Ciudad, donde
tenia casa Magdalena.
Esto lo tengo por cierto,
aunque no falta quien sienta
que se fué á la misma casa (13)
donde su Hijo se hospeda.

(11) *Div. Bonav. ut sup.*
(13) *Mistica Ciudad de Dios.*
(12) *Div. Bonav. Ibid.*

Asi creo que lo dice
mi venerable Abadesa
Sor Maria de Jesus,
Chronista de esta Reyna.
Mas esto en nada varia
la sustancia verdadera
de esta historia, y asi siga
cada uno lo que quiera.
Lo cierto es, que en su retiro
veia con superior ciencia
todo lo que en el Cenaculo
obró Cristo vida nuestra.
Y con los ojos del alma,
como mira tan atenta
quanto atalaya su vista,
lo realzaba su pena.
Vió á su Dulcimo Hijo,
que concluida la Cena,
con suprema Magestad
se levantó de la mesa.
Vió, que tomó una toalla,
y ciñendose con ella,
vió arrodillada en el suelo
á la Magestad suprema.
Vió á los pies de aquellos hombres
á la Suprema Cabeza
de todos los Serafines,
y vió á los Cielos por tierra.
Vió á aquel Sumo Sacerdote,
vió á la Magestad inmensa,
vió á un JesuCristo, vió á un Dios;
no hay que ponderar su pena.
Ya está dicho con decir,
que con su altisima ciencia
solo esta Señora pudo
ponderar estas finezas.
Conoció la ingratitud,
y villania grosera
de un Judás, que ha de entregarle
despues de una iniqua venta.

Vió á su dulcisimo Hijo
llorar con lágrimas tiernas
á los pies de aquel traidor
por ablandar su dureza.
Vió aquel Bolcan encendido,
vió aquel encendido Etna,
empeñado en encender
lo elado de aquella piedra,
Pero él mas endurecido
(ó ingratitud! ó fiereza!)
aun no se ablanda con tanta
repeticion de finezas.
Con esto se atropellaban
en el pecho de esta Reyna
los motivos del dolor,
los dolores, y las penas.
Vió en su dulcisimo Hijo
aquel cariño y terneza,
aquel amor y humildad,
y caridad tan inmensa.
Por otra parte miraba
la villania y vileza
de Judas, con que abusaba
de tan divinas finezas.
Vió, que le lavó los pies,
vió el amor con que los besa,
ponderando á el mismo tiempo
su ingrata correspondencia.
Concluido el Lavatorio,
volvió el Señor á la mesa,
pues iba ya de su amor
á dar las ultimas pruebas.
Tomó en las manos el Pan,
y con Magestad inmensa
elevó á el Cielo los ojos,
y dixo de esta manera:
Este es mi Cuerpo, tomad,
y comed, con la advertencia,
de que ha de ser entregado
á la Pasion mas acerba.

Lo mismo hizo con el Caliz,
y de la misma manera,
bajo accidentes de vino,
dió su Sangre verdadera.
Todos estos Sacramentos
conocia la gran Reyna,
y estaba á tantos misterios
desde su retiro atenta.
Vió el Prodigio de prodigios
que la Eucaristia encierra;
vió el milagro de milagros
que compendió esta fineza.
De esta transubstanciacion,
conociendo la excelencia,
vió que era el mayor milagro
que ha obrado la Omnipotencia.
Vió quedar los accidentes
sin sugeto, y vió que en fuerza
de las palabras, el Pan
dejaba de ser lo que era,
Convirtiendose en el Cuerpo
de Cristo; y de esta manera
el vino del mismo modo
en su Sangre verdadera. (14)
Pues la substancia de Pan,
y vino quedó deshecha,
destruida totalmente;
pues ni pan, ni vino queda.
Vió, como se multiplican
definitivas presencias;
y vió quanto la Sagrada
Teologia nos enseña.
Luego que la Institucion
Eucaristica fue hecha,
por los Angeles llevada
fue á el Cenaculo la Reyna.
Pues era mucha razon,
que fuera esta gran Princesa
la primera; que á el Señor
en su pecho recibiera.
Y era razon, que el primer
hospedage de Dios fuera
la mas pura Criatura,
que entre las puras se encuentran.
Y asi fue el primer Sagrario
que este Sacramento estrena
el Corazon de su Madre,
nuestra Purisima Reyna.
Alli tambien las Especies
milagrosas se conservan,
hasta que el Señor San Pedro (15)
dijo la Misa primera.
El modo de este prodigio,
quien quisiere, que lo vea
en la *Agredana* Escritora,
que por extenso lo cuenta.
Concluida la Comunion,
dió gracias de sobre mesa,
y se fué á Getsemaní
Jesu-Cristo vida nuestra.
Viendose la Dolorosa
Madre sin su amada Prenda,
y que eran ya de la noche
cerca de las ocho y media:
Dió del Cenaculo al Dueño
las gracias por las finezas,
y favor, con que á su Hijo
tan buen hospedaje diera.
Asimismo agradeció
las cortesanas ofertas
con que le ofreció su casa;
y quanto tenia en ella.
Echóse el manto á la cara,
y á cruel sentir sujeta,
se fue esta pobre Viuda
á casa de Magdalena.

(14) *Dogma Cath.*

(15) *Mistica Ciudad de Dios*, 2. p.

Alli pasó aquella noche
la Señora, sin ser dueña
de admitir algun alivio
en su inconsolable pena.
Pues con el susto y zozobra
del *que será?* estaba muerta,
oprimida del dolor,
y ahogada de la pena.
La noche se le hace un siglo.
deseando que amaneciera
por saber el paradero
de su dulcisima prenda.
Llegó en fin el triste dia,
y á el ver que la luz bosteza,
creció en llantos dolorosos
esta aurora verdadera.
Miraba venir la luz,
y tambien sentia el verla,
por ver que la de sus ojos
habia de acabar con ella.
El ver, que nacia el Sol,
la memoria le recuerda
del gozo que tuvo, quando
el Sol Divino naciera.
Y entre este dulce recuerdo
por otra parte se acuerda,
de que ha de morir su Sol
antes que el Sol se pusiera:
Y asi el refrescar especies
de sus dichas solo era
dar nueva vuelta al dolor
en el torno de la pena.
Apenas el Sol salió
quando salió el Sol apenas,
pues á la puerta llegó
Señor San Juan muy de priesa.
Y el terrible golpe que
dió el eslabon en la puerta,
fue golpe que dió en el alma
virginal de nuestra Reyna.
Salió la afligida Madre
asustada á ver lo que era,
y en el rostro de San Juan
conoció la triste nueva.
Porque turbado y lloroso,
pálido el semblante llega,
sin aliento, sin resuello,
sin respiracion, sin fuerzas.
Llegó en fin, y arrodillado
á los pies de la gran Reyna,
para articular palabras
pidió al dolor diese treguas.
Entre dolorosos ayes,
y expresiones las mas tiernas,
formó este razonamiento,
y dijo de esta manera:
Sabed, Señora, que os traigo
las mas dolorosas nuevas
de mi Maestro, que preso
por sus enemigos queda.
Despues, Señora, que anoche
concluimos con la Cena,
seguimos á mi Maestro,
que á Getsemani nos lleva.
Luego al punto que llegamos
se apartó á orar, y nos deja
algun tanto retirados,
como de un tiro de piedra.
Mas fue tal nuestro descuido,
y tal fue nuestra tibieza,
que nos quedamos dormidos
á la hora de la vela.
Vino el Señor por tres veces,
y amoroso nos despierta,
reprehendiendo nuestro sueño,
nuestro descuido, y tibieza.
A la ultima nos dijo,
levantad, vamos apriesa,
porque el que me ha de entregar,
sabed, que ya viene cerca.

Asi fue, pues luego Judas,
mi Condiscipulo llega
con un esquadron de gente
á quien él capitanéa.
A el encuentro mi Maestro
les salió, Judas lo besa,
pues con osculo de paz
quiso executar la entrega.
Preguntó, que á quien buscaban?
y asi que oyó la respuesta,
al replicarles *Yo soy*,
cayeron todos en tierra.
Se levataron despues,
que el Señor les dió licencia,
diciendo: *Esta es vuestra hora*,
y el poder de las tinieblas.
Asieron á mi Maestro
con indecible fiereza,
y lo ataron inhumanos
con sogas, y con cadenas.
Despues lo hartaron de golpes,
de bofetadas y afrentas,
tanto que para contarlo
á mi me faltan las fuerzas.
A el ver de tantos oprobios
esta tempestad deshecha,
los Discipulos huimos,
confieso nuestra flaqueza.
Dexamos al Señor solo,
por buscarle á toda priesa
refugio á la cobardia,
sin ver que era una baxeza:
Pero advirtiendo despues,
que era accion indigna esta,
Pedro y yo retrocedimos
de la fuga á toda priesa.
Seguimes á mi Maestro,
atendiendo á la fiereza,
y á los malos tratamientos
de aquella gente perversa:
Llegaron á la Ciudad,
y con algazara y fiesta
á mi Divino Maestro
á casa de Anas lo llevan.
Despues de un rato que estuvo
con Anas, salió de vuelta,
para Casa de Caifas,
lleno de oprobios y afrentas.
Alli, pues tuve el dolor
de ver á Pedro, que niega
á mi Maestro por tres veces,
llevando de su flaqueza.
Alli oi mil falsedades,
que con osadia necia
prorrumpió contra el Señor
aquella gente perversa.
Vi, pues, que del Tribunal
salió la misma Inocencia
acusada y acosada
de la malicia proterva.
Vi á el Señor salir lloroso,
y que una mexilla lleva
acardenalada toda,
entumecida y sangrienta.
Despues oi la algazara
con que la gente celebra
de una iniqua bofetada
la sacrilega destreza:
Pero si he de concluir
antes de morir de pena,
callaré los otros golpes,
que toleró su paciencia.
Solo digo, que Caifas
porque mas publico sea
el tormento, ha diferido
para hoy dar la sentencia.
Pero ya están en Concilio,
porque hoy quieren que muera
el inocente Señor
á manos de su fiereza.

Y asi la temible hora
en que mi Maestro muera,
que no puede tardar mucho,
es lo que tiene de cierta.
Bien conozco yo, Señora,
bien se, dolorosa Reyna,
los dolores que te traigo
con esta terrible nueva:
Mas tengo en menos el dar,
que sentir á tu fineza,
que no el que dexes de ir
antes que tu Vida muera.
Anda, y verás á tu Vida,
porque es razon que le veas;
si no es, que ya los Judios
han acabado con ella.
Qual quedaria esta Madre!
Qual quedaria esta Reyna!
Qué palabras! Qué cuchillos!
Qué voces! O, qué saetas!
Pues no voces, ni palabras,
si no durisimas flechas
fueron todas las palabras,
que del Discipulo oyera.
Qué dolor seria este!
Qué pena seria esta!
Esta Señora era Madre,
con esto todo se expresa.
Era Madre, y esto baste,
baste decir lo que era,
que aquí no hay otra expresion
para explicar esta pena.
Entre tanto que San Juan
vino á avisar á la Reyna,
quedó el Señor padeciendo
escarnios, burlas y afrentas.
Y ultimamente Caifas,
como Pontifice, que era,
ya habia determinado
que el Señor Divino muera.
Porque siendo Sacerdote,
anunció como Profeta, (16)
conviene que muera un hombre,
porque todos no perezcan.
Asi fue y yo me persuado
no fue esta la vez primera,
que profetizó verdades
una malicia embustera.
Por ultimo, lo remiten
á Pilatos, porque era
el Juez de lo criminal,
para que los autos vea.
De este Tribunal iniquo
salió la misma Innocencia
cargada para el de Herodes
de prisiones y cadenas.
Quasi á este tiempo salió
de casa de Magdalena
en busca de su Cordero
la candidisima Oveja.
Por las calles donde iba,
oia la triste Reyna
los diversos pareceres
de la gente novelera.
El caso lo referia
cada qual de su manera:
unos se compadecian,
y otros ingratos se alegran.
Mas todo lo que decian,
eran durisimas flechas,
que atravesaban el pecho
de esta inocente Cordera.
No falta tambien quien diga,
que hubo sacrilegas lenguas,
que injuriaron de palabra
á esta Purisima Reyna.

---

(16) *Apud Evang.*

Pero es el comun sentir,
que no hubo una siquiera,
que de palabra ó de obra
injuriase á esta Princesa.

Porque aquel Señor Divino,
por el decoro y decencia
de su Madre, á aquellos hombres
ató las manos y lenguas.

Cruzando en fin por las calles,
por entre el tumulto llega,
hasta que en fin descubrió
á su dulcisima Prenda.

Vió á su Cordero entre lobos,
y vió á la libertad presa;
miró á la flor entre espinas,
y vió á su sol en tinieblas.

Vió de su hermoso cabello
desgreñada la guedeja;
vió el rostro desfigurado,
y vió su cara sangrienta.

Vió, que fuertemente atadas
las manos atras las lleva:
vió sogas, y vió cordeles,
y vió una fuerte cadena.

Esto lo vió aunque de paso,
pues la confusion y priesa
no dió lugar para que
con mas despacio lo viera:

Pero no faltó lugar
para que esta triste Reyna
sacase á el vivo la Imagen
en su dolorosa idea:

Pues allá en su corazon
se imprimió de tal manera,
que de el lastimoso objeto
sacó una imagen perfecta.

Y adorando allá en su alma
á el Criador de Cielo, y tierra,
le seguia dolorosa
con mas ternuras que fuerzas.

Siendo, aun hasta en dolerse,
un despacho de paciencia,
pues le seguia llorosa,
y le lloraba modesta.

Sin femeniles desgreños,
sin descompasadas quejas,
sin gritos, sin alborotos,
seguia á su amada Prenda.

Y como no pudo hablarle
con su purisima lengua,
le habló con la de sus ojos,
diciendo de esta manera:

Conozco, dulce Amor mio,
que tu caridad inmensa
te obliga asi á caminar,
lleno de oprobios y afrentas.

Esto os obliga á ocultar
el poder de vuestra diestra,
en esta forma pasible,
que os dió mi naturaleza.

Confieso vuestros juicios,
y sabiduria inmensa,
en admitir por los hombres
tantos tormentos y afrentas.

Mas yo, que soy vuestra Madre,
es preciso que apetezca,
que en mi sola se execute
esa Pasion tan acerba.

Pero si esto no es posible,
admite, Señor, siquiera
el dolor de que no puedo
padecer sola tus penas.

CANTO TERCERO:

YA dije como seguia
la Emperatriz de los Cielos
hasta el Palacio de Herodes
á su dulcisimo Dueño.

Dolorosa y afligida,
angustiada, y sin consuelo
llegó hasta el mismo Palacio
con su Divino Cordero.

Alli se quedó á la puerta,
pues para mayor tormento
quiso entrar tras de su Amado,
mas no se lo permitieron.

El quedarse asi por puertas,
fue para su amante pecho
un dolor el mas terrible,
un martirio el mas acerbo:

Pues le privaron la vista
de su dulcisimo objeto,
quando ya tan pocas horas
le quedaban para verlo.

Asi perseveró Martir
á la puerta, y su deseo
ansiaba, por ver salir
á el Divino Nazareno.

De oprobios lleno, y de afrentas
salió el Señor con efecto,
y quedó estatica el alma
á el ver tanto abatimiento.

Pues con vestidura blanca
vió que venia su Dueño
de mofas y de algazaras
hecho lastimoso objeto.

Adoróle en aquel trage
con profundo rendimiento,
aumentando en cada vista
los cuchillos á su pecho.

En esto oyó que decian,
que aquel loco y embustero,
á el Tribunal de Pilatos
lo iban á llevar de nuevo.

Siguióle la triste Madre,
pero formó para esto
nuevo camino de acivar
en la senda del tormento.

Llegó á casa de Pilatos,
y asi que hubo entrado el preso,
no le dió entrada el bullicio
á la que es puerta del Cielo.

Quedóse entre aquella chusma
observando movimientos,
por si alguno le indicaba
la libertad de su Dueño.

Quisiera infundir su amor
en aquellos duros pechos
por ver si daban por libre
á su Divino Cordero.

Mas venerando el Sagrado
de los Divinos Decretos,
estas dolorosas ansias
se quedaban en deseos.

En esto oia clamar
con gritos muy descompuestos;
pidiendo con impaciencia,
que sentenciaran á el Reo,

Mas no queriendo Pilatos,
por ultimo tomó el sesgo,
de darle un atroz castigo,
para sosegar á el Pueblo.

Mandó, pues, que lo azotaran,
y señaló para esto
seis Verdugos ó Sayones,
ó seis Lobos carniceros.

Al oir la amante Madre
lo que se habia resuelto,
no hay voces para decir
donde llegó su tormento.
A el ver que ya lo sacaban,
comenzó á sentir de nuevo,
qual si no hubiera tenido
hasta alli algun sentimiento.
A el verlo salir desnudo
le faltaba ya el aliento,
considerando el bochorno,
que le causaria esto.
Miraba en su honestidad
el afrentoso tormento,
que seria verse desnudo
en presencia de aquel pueblo.
Por último vió azotarlo,
y aqui no digo mas que esto,
que el dolor de los azotes
solo se escribe en el pecho.
Pues si faltan las palabras,
las voces y los acentos,
lloren los ojos, y digan,
lo que yo decir no puedo.
Azotado ya el Señor,
luego á el punto lo volvieron
á lo interior del Palacio
con sacrilego despecho.
Luego despues lo sacaron
con un pedazo muy viejo
de una tunica encarnada,
que por burla le pusieron.
Traia Corona de espinas,
y una caña trae por cetro,
con las muñecas atadas,
y con una soga al cuello.
Hecce Homo, dixo Pilatos,
pero el Pueblo clamó luego,
quitalo, quitalo allá,
y crucificalo presto.

Viendo Pilatos, en fin,
que no hallaba ningun medio
de libertar á el Señor,
con él se retiró adentro.
Y atendiendo, no á lo justo,
sino á el tumulto del Pueblo,
contra el Autor de la vida,
de muerte exhibió el decreto.
Sentenció á el Señor á muerte;
sacrilego atrevimiento!
y publicó la sentencia
á la voz de un Pregonero.
Se dió esta iniqua sentencia,
segun las Leyes del miedo,
dictada por sin razones;
ó qué hay en el mundo de esto!
Qué de Leyes atropellan
los humanos desconciertos,
sin mas razon que la Ley
de los humanos respetos!
Aunque sea contra Cristo,
de muerte se dá un decreto
por ganarse voluntades,
que eternicen los empleos.
Por adular superiores,
y congraciarse con ellos
se atropella por las Leyes
de los Divinos preceptos.
Y faltando á la honradez
logran muchos los ascensos,
sin reparar, que es en fuerza
de los mas iniquos medios.
El exemplar evidente
de estas verdades tenemos
en Pilatos, quando dió
el sacrilego decreto.
Por no disgustar al Cesar,
quebrantó todo el derecho;
pues quisiera eternizarse
para siempre en su gobierno.

Pero vuelvome á la historia,
y mas vale dexar esto,
que asi ha sido, y asi es,
y asi será en todo tiempo.
Publicada la sentencia,
se mandó á Quinto Cornelio
aprontar su Compañia,
para conducir al Preso.
Oyó la affigida Madre
la sentencia, y quedó luego
como muerta de dolor,
que le atravesó su pecho.
No bien se habia recobrado
de este indecible tormento,
quando otro mayor martirio
le sobrevino de nuevo.
Pues mirando ácia las puertas,
vió á el Divino Nazareno
con la tunica vestido,
que la misma habia hecho.
Porque la humana malicia
se la puso de exprofeso,
para que lo conociese
todo aquel inicuo Pueblo.
Vió, en fin, á su Hijo salir
con apariencias de Reo,
los brazos lleva cruzados,
y los ojos en el suelo.
En esta conformidad
vio que salia su Dueño
muy lloroso y affigido,
muy palido y macilento.
Vió, pues, que sobre sus hombres
pesada Cruz le pusieron,
y que la abrazó gustoso,
con humilde rendimiento.
Reconociendo la Reyna
el cariño tan inmenso
con que hechó mano á la Cruz,
asi le alabó diciendo:

O Señor de los Señores!
O Dios mio, y Rey Supremo!
A quien las mismas deshonras
no menoscaban el serlo.
Yo te alabo y te bendigo,
te magnifico y confieso,
porque asi con tanto amor
te abrazas con ese Leño.
A encender á todo el Mundo
vas tu con ese Madero,
pues para encender al Mundo
preciso es todo tu fuego.
Emperador sois, Señor,
y para realce vuestro,
cargais sobre vuestros hombres
cetro para vencer Reynos.
Rendido riedes, Bien mio,
los Reynos, que por dos yerros
de sus cabezas rehusaban,
vasallage á vuestro Imperio.
No es posible, no, que seas
mas Dios, pero á poder serlo,
ahora fueras mas que nunca,
mas Dios con ese madero.
El que dá quiere decir
esta voz *Dios*, y en efecto,
qué mas has de dar, si has dado
en comida ya tu Cuerpo?
Tu honra has dado á la infamia,
á las sogas diste el cuello,
tus espaldas á el azote,
y tus carnes á tormentos.
Tu alma has dado á la congoxa,
y ultimamente, te veo,
que has llegado á dar tus hombros
a ese duro y tosco Leño.
Luego á poder ser mas Dios,
si el dar acredita el serlo,
ahora fueras mas que nunca,
pues que das con tanto exceso.

Pero como no es posible,
que seas mas Dios subiendo,
quisiste subir bajando,
quisiste crecer muriendo.
Mi Hijo eres, Dueño mio;
pero qué quiere ser eso?
Si lo que tu tienes mio,
eso, Señor, es lo menos:
Pero en eso que te di
se regocija mi pecho,
que en esa dadiva corta
mi mayor nobleza tengo.
Y por esa porcion mia
que llevas, te pido, y ruego,
que me concedas licencia,
para ir en tu seguimiento.
En esto estaba la Virgen,
quando vió todo dispuesto
para llevar al Calvario
la Imagen del Padre Eterno.
Comenzó el Señor á andar,
abocóse todo el Pueblo,
tanto, que á la triste Madre
ya le impedian el verlo.
Y asi se vió precisada
á tomar algun rodeo,
echando por otra calle,
para salirle á el encuentro.
Se fue á la de la Amargura,
y á el llegar, oyó el estruendo
que iba haciendo el populaje,
y la voz del Pregonero:
Vió las Vanderas del Cesar,
Soldados y Alabarderos,
y detras los dos Ladrones,
que iban con sogas á el cuello.
Por último descubrió
á su inocente Cordero,
hecho dolorosa presa
de aquellos lobos sangrientos.
El explicar esta pena,
solo puede ser empeño
de la retorica muda,
del mas profundo silencio.
Miró á su afligida Madre
el Divino Nazareno,
y vió llorar á la Aurora
con amargo desconsuelo.
Vió á el precioso Relicario
de su humanidad deshecho,
y que de amargos cuchillos
era doloroso empleo.
Vió á el primoroso Sagrario
de Dios, que ya estaba lleno
de angustias, y que las penas
le inundaban ya su pecho.
Vió, por último, á su Madre,
y no digo el sentimiento,
que fué aqui para el Señor
este lastimoso encuentro.
Miróla el Hijo despacio,
y aun añade San Anselmo, (17)
que con la lengua del alma
le hizo este razonamiento.
Dios te guarde, Madre mia,
en quien yo mi agrado tengo;
Dios te guarde y te bendiga,
Señora de tierra y Cielo.
El tiempo, que en tus entrañas
me trajiste lo agradezco;
y tambien el dulce nectar
que me distes de tus pechos.
Yo agradezco, Madre mia,
los cariñosos obsequios
que disfrutó mi niñez
de tu maternal esmero.

(17) *Div. Anselm.*

Yo aprecio los sobresaltos,
las zozobras y recelos,
con que de Herodes libraste
mi vida con tanto anhelo.

Y esas lagrimas, Señora,
con que lloras mis tormentos,
son para mi corazon
rios de agradecimiento.

Asimismo, Madre mia,
en mi alma te agradezco
esta nueva diligencia
que ahora para verme has puesto:

Y el ver que no te avergüenzas
de que te tenga este Pueblo
por Madre de un hombre, que
él tiene por hechicero;

Antes vienes á buscarme
con tu maternal afecto,
quando á un suplicio me llevan
con afrentas y desprecios.

Yo agradezco estas finizas:
yo te estimo estos obsequios;
pero ya, Paloma mia,
basten ya tantos lamentos.

No llores mas, Madre mia,
pues se eclipsan los Luceros
de esos ojos de Paloma,
que mi corazon hirieron.

No llores mas, Madre mia:
porque mas que mis tormentos
me afligen esos sollozos,
con que lloras sin consuelo.

Quedate, quedate ya,
porque tu dolor acerbo
es un Rio caudaloso
de acivar para mi pecho.

No prosigais la jornada,
cesen tus sollozos tiernos,
quedate ya, Madre mia,
y á Dios, hermoso Lucero.

Dame ese gusto, Señora,
pues que no lo desmerezco
por ir tan atormentado,
y tan lleno de desprecios:

Mas si es parte de mi Caliz,
que yo sufra este tormento,
el dolor de verte asi
gustosisimo lo acepto.

Oyó, pues, la dolorosa
Madre, el retorico fuego
de estas dolorosas voces,
y de este razonamiento.

No consta que respondiese
la Señora, pues es cierto,
lo impediria el dolor
de su corazon materno.

Pues la garganta anudada,
la respuesta deteniendo,
represada con la angustia
le hizo el dolor mas intenso.

Por fin, el tropel confuso
de la gente iba corriendo
y á la Imagen del dolor
le corrió otra vez el velo.

Y no bastando á la amante
ver una vez á su objeto,
ciega de su mismo amor
ansiaba otra vez por verlo.

Echó, pues, por otra calle,
arbitrio, que con efecto
le fue muy proporcionado
para salirle al encuentro.

Llegó á el campo la Señora,
antes que el Divino Preso,
y aguardaba en el camino,
que llegase su cordero.

Llegó en fin el Salvador,
y su doloroso aspecto
á el virginal corazon
volvió á atormentar de nuevo.

Ponderar aqui el dolor,
de la Princesa del Cielo,
no es posible, con que asi,
por imposible lo dexó.
Y asi siguiendo la historia,
digo, que le fue siguiendo
con pasos de amarga mirra,
que destilaba su pecho.
Iba oyendo los escarnics,
ultrages y vituperios
con que aquella vil canalla
iba ultrajando á su Dueño.
Iba oyendo bofetadas,
y pescozones muy recios,
que en aquel racional Yunque
descargaban desatentos.
Esto oia la Señora;
pero no podia verlo,
por no poder acercarse,
por el bullicio del Pueblo.
En esto ve, que se paran,
y que gritaban diciendo:
que habia ya por tres veces
caido aquel embustero.
A el oir que habia caido,
las alas se le cayeron
del corazon, que palpita
por levantarlo del suelo.
Mas viendo su corazon,
que no era posible hacerlo,
palpitaba entre imposibles,
y se ahogaba entre deseos.
Por fin respiró del susto
para mayor desconsuelo,
pues vé, que con mayor priesa
caminaban ya de nuevo.
Esto fue indicio, de que
se levantó ya del suelo,
el que para levantarnos,
va levantando y cayendo.

Caminaba la Señora
tan descoyuntado el cuerpo,
que ya le faltaban fuerzas
á sus delicados miembros.
Y á no ser sus compañeres
sus reverentes brazeros,
á cada paso cayera;
pues le faltaba el aliento.
Llegaron últimamente
á el Cavario: yo no puedo
decir lo que aqui pasó,
pues faltan voces y acentos.
Se vieron los dos Amantes;
no digo mas, basta esto;
pues sabiendo como estaban,
basta decir, que se vieron.
Mirabanse tiernamente,
y con la lengua del pecho
se hablaban los corazónes,
liquidandose en afectos.
En estas dulces ternuras
estaban; quando á este tiempo
los sayones se acercaron
ácia el Divino Cordero.
Decíanle á grandes voces,
con muy descarado imperio:
Quítese esa vestidura,
ea desnúdese presto.
O tierra, como no tiemblas!
Estremezcanse los Cielos,
y todas las criaturas
á el ver tanto atrevimiento.
A el oir este mandato
el paciente Nazareno
se comenzó á desnudar
con humilde rendimiento.
De la tunica desnudo,
y aun no se si del pellejo,
pues muchos pedazos de él
en la túnica salieron.

Lo estaba viendo la Madre,
deshaciéndose en deseos
de cubrir la desnudéz
de aquel purísimo Cuerpo.

Y corriendo herida Cierva,
algo cubrió con efecto,
con una virginal toca,
que se quitó para esto.

Y queriendo con su manto
vestir lo demas del cuerpo,
lo omitió, porque sabia
que no convenia hacerlo.

Al ver que el morir desnudo
era superior decreto,
por conformarse con él,
dexó manco su deseo.

Pero ya insta, que mi pluma
explique el duro tormento,
que al ver la crucificion
toleró el virginal pecho.

Mas diré con San Bernardo,
que esta Madre estuvo viendo
crucificar á su Hijo:
todo lo dixe con esto.

Crucificado el Señor,
pendiente ya del Madero,
se arrimó la triste Madre
junto á la Cruz de su Dueño.

Allí perseveró martir,
ó que dolor tan acerbo!
Ver á un Dios su único Hijo
pendiente de un duro Leño.

O Madre de mi Señor,
Señora del universo,
quien pudiera acompañarte
en tan justo sentimiento!

Yo, Señora, fui la causa
del estrago que se ha hecho
en esa virginal carne,
en ese inocente cuerpo.

Pues como no muero yo,
Señora, si soy el Reo
del delito, que por mi
está pagando tu Dueño?

Ea, pues, haced, Señora,
que mi corazon deshecho
te acompañe en tus Dolores,
ya que yo fui causa de ellos.



CANTO CUARTO.

Estaba junto á la Cruz
la Madre de Dios amada;
estaba, mas quien podrá
esplicarnos como estaba?
Estaba, dice San Juan,
no dice mas, y esto basta;
porque es bastante expresion
solo el decirnos, que estaba.
Estába, dice David, (18)
como Reyna, rodeada
de variedad de Dolores;
pero, que fuerte que estaba!
Estaba qual Nave hermosa, (19)
que corriendo la borrasca,
en la alta mar de su pena
toda sumergida estaba.
Estaba, pero qúe fuerte!
San Ambrosio lo declara, (20)
pues dice, qúe no lloró,
y solo dice, que estaba.
Estaba, dice Bernardo,
de dolor tan penetrada,
que estaba qual muerta, viva,
y qual viva muerta estaba. (21)
Estaba, dice este Santo,
de dolores traspasada,
porque en el Cuerpo del Hijo
la Alma de la Madre estaba.
Estaba, dice Ventura,
hecha Clavos y hecha Lanza,
que en Clavos, Lanza y espinas
toda convertida estaba. (22)
Busco á la Madre de Dios,
mi Buenaventura exclama,
y me encuentro con los Clavos,
con salivas y con Lanza.
En esto se transformó,
pues el amor dió la traza,
que tales transformaciones
solo amor las inventara.
Que en hierros se convirtiese,
por cierto, que es cosa estraña,
que quien no conoció yerros,
en hierros se transformara.
En todo lo que es tormento,
toda convertida estaba,
sin que entre amor y dolor
se conociese distancia.
Guardó el amor y el dolor
igualdad proporcionada,
que amaba, como sentia,
y sentia, como amaba.
La medida del dolor
fue el amor, y es cosa clara,
que á un amor inmensurable
se sigue un dolor sin tasa.
Este amor no la sufria
ni aun con el cuerpo apartarla
de su Amado, pues con el
estaba crucificada.
Y asi se vió esta Cordera
racional, sacrificada
con su Divino Cordero;
pero, qué extremos no obraba?
Echabale muchas veces
los brazos y se enlazaba

(18) *Ps.* 41. (19) *Ps.* 68. (20) *Div. Amb. Stant. leg. flentem non leg.* (21) *Div. Bern. de Lam. Virg.* (22) *D. Bonav.*

dulce Yedra en aquel Arbol
de la vida y de la gracia.
Alli deshecha en suspiros
liquida de amor el Alma,
qual hacecito de Mirra
en sus brazos lo estrechaba.
Ya le besaba los pies,
y ya imprimia en sus Llagas
de sus virginales labios
aquella cinta encarnada,
Alli con dulce ternura,
pero con dulzura amarga,
entre agridulces deliquios
el corazon exhalaba.
Y con tan dulce contacto
salia toda bañada
de la purpura Divina,
que á su Rostro salpicaba.
Y asi en su virginal rostro
la Sangre Deificada,
de Celestial hermosura
liquidas rosas formaba.
Y aqui se verificó,
que esta Luna Soberana
se convertiria en sangre
quando su Sol se eclipsaba.
Tambien se cumplió, que el Sol,
y esta Luna ensangrentada (23)
se pararon en su curso, (24)
mirandose cara á cara.
Uno, que al pie de la Cruz,
y otro que en la Cruz estaba,
siendo los dos corazones
presa de una misma espada.
Alli se miran atentos;
pero silenciosos callan,
pues no permitió el dolor,
que articulasen palabras.

En fin se rompió el silencio,
que quando los labios callan,
con la lengua de los ojos
los corazones se hablan.
Qué es esto, Jesus bien mio,
dulcísima Prenda amada?
Qué es esto? Qué para esto
te traxe yo en mis entrañas!
O Dios! eterno, infinito,
Bondad suma é increada!
Quién venció al que es invencible
poderoso en las batallas?
Como sufres esa Cruz?
Como sufres penas tantas?
Como toleras injurias,
salivas y bofetadas?
Como estás en esa Cruz
sediento, bien de mi alma?
Siendo tu el Dueño de el Mar,
y el Criador de las aguas?
Acaso, dulce amor mio,
no eres tu Fuente, que mana
las corrientes de aguas vivas?
Pues quien tu torrente para?
No diste tu en el desierto
de beber á esa canalla?
Pues como en hiel y vinagre
cobras tu finezas tantas?
Qué es esto, dulce Bien mio,
único bien de mi alma?
A donde está la hermosura
en donde yo me miraba?
Decidme, consuelo mio,
que se ha hecho aquella cara,
que era espejo de los Cielos,
y alegria de mi alma?
Quien ha eclipsado ese Sol
de la Justicia increada?

(23) *Joel c. 1. 31.* (24) *Habac. c. 3. 11.*

Y quien empeñó el espejo
de la Deidad Sacrosanta?
El mismo explendor del Padre
obscurecido se halla,
siendo Imagen de su Ser,
figura de su substancia.
O enamorado Sanson!
quien te arrancó la dorada
madeja de tus cabellos,
que aprisionaba las almas?
En esa frente, que antes
rosicleres afrentaba,
han escrito las espinas
sangriento renglon de llagas.
Qué ojos son esos, bien mio?
Luceros, que ya se apagan,
y entre celadas se miran
de polvo y sangre quaxada.
Esos tus Divinos labios
que algun tiempo los sellabas
en mis pechos virginales,
y ahora en una espoja amarga.
Mirando á todo tu cuerpo
veo, que está destrozada
aquella túnica hermosa,
que se tegió en mis entrañas.
Y si á el ver allá Jacob (25)
la túnica ensangrentada
de José, tanto sentia,
qué no sentirá mi alma?
Pues como no he de quexarme
de la fiera, cruel y osada,
que así destrozó á mi Hijo
con crueldad tan inhumana?
Como podré yo vivir
Madre tan desconsolada,
si la vida de mi vida
por instantes se me acaba?

O muerte, como no llegas?
O vida, como no acabas?
Si ya se acaba la vida
de la vida de mi alma.
Pero yo quiero morir
Feniz de amor abrasada,
por renacer al tormento,
para mitigar mis ansias.
Estando en estas ternuras
la Princesa Soberana,
oyó á el Señor que le dixo
estas siguientes palabras:
Madre dulcísima mia,
Tortola desconsolada,
suaviza ya ese dolor,
que me traspasas el alma.
No llores mas, Madre mia,
que el verte tan contristada
hace mayor mi tormento,
y mi pena mas amarga.
Tu sabes, Paloma mia,
dulcísima Prenda amada,
tu sabes que para esto
tomé carne en tus entrañas.
Pues como se han de cumplir
las Escrituras Sagradas,
sino con el cumplimiento
de mi Pasion Sacrosanta?
Así conviene que sea,
y así es preciso se haga;
con que así dadme aquel *fiat*,
que á el Angel en la embaxada.
Alegrate tu conmigo,
Madre mia muy amada,
porque hallé ya aquella Oveja,
que andaba descarriada.
No sientas tu Madre mia,
Paloma á mis ojos grata;

(25) *Gen. c.* 38.

no sientas tanto Señora
lo que á mi Padre le agrada.
Yo estaré siempre contigo,
dulce Esposa de mi alma,
tu siempre serás mi Madre,
yo el Hijo de tus entrañas.
Yo no te dexo, Señora,
porque te llevo en mi alma,
y asi dulce Madre mia,
mitiga ya pena tanta.
Bien sabes de donde vine,
y que es preciso que vaya
á el Solio de mi Grandeza,
que allá me espera en mi Patria.
Pues por qué asi te contristas?
Calla, Madre mia, calla;
que es cada lagrimas de esas
para mi pecho una espada.
Esto oyó la triste Madre,
y quedando consolada,
le dió algun susto á la muerte
que ya por muerta le daba.
Mas poco duró el consuelo,
porque las penas ufanas
unas tras de otras venian
á martirizarle el Alma.
Dicho el *Consummatum est*,
que fue la sexta palabra,
vió, que la muerte á su Hijo
daba la última estocada.
Vió, que á fuerza de dolores,
á su Prenda muy amada
se le partió el corazon,
y que ya la vida acaba.
Vió estremecerse los miembros
de aquel invicto Monarca;
vió aquella firme columna
de los Cielos, que temblaba.
La cabeza, que tenia
caida ácia las espaldas,
la levantó, é inclinó
á su Madre Soberana.
Los ojos quasi quebrados,
palido el semblante estaba
y sus hermosas mexillas
á los huesos ya pegadas.
La Madre, que á todo esto
atenta á el Hijo miraba,
de lo intimo del pecho
tristes suspiros arranca.
Mas los suspiros no llegan,
sino es hasta la garganta,
que el dolor los rebatía,
y al pecho otra vuelta daban.
Asi andaban encontrados,
unos suben y otros baxan,
y entre tan terrible pugna,
el tormento se aumentaba.
En este fluxo y refluxo
de penas, el mar estaba,
digo el mar de los Dolores
de esta Reyna Soberana.
Quando oyó clamar al Hijo,
y que decia en voz alta,
*en tus manos Padre mio
encomiendo yo mi alma.*
Esto dixo y espiró:
lo dixe en una palabra,
por dar lugar á que el pecho
en lagrimas se deshaga.
Murió Jesus. Qué dolor!
Espiró ya. Qué desgracia!
Y quedó viva Maria?
Ay Jesus, quien lo pensara!
Viva quedó, mas sin vida;
pues muerta viva quedaba:
yo no tengo otra expresion
para explicar como estaba.
Quedó huerfana, viuda,
pobre, triste y solitaria;

sin consuelo, sin arrimo,
sin Hijo que le amparara.
O Dulcísima MARIA!
ó Virgen desconsolada!
ó Madre y Señora mia
Dolorosa de mi alma!
Aqui está mi corazon,
Madre mia muy amada,
que á dar el pesame viene
á vuestra Alteza Sagrada.
Bien conozco yo, Señora,
el haber sido la causa
de este justo sentimiento,
que hoy atormenta tu alma.
Reo de esta Magestad
llego hoy á vuestras plantas
convicto y arrepentido
á llorar culpas pasadas.
Que me pesa una y mil veces,
pesame, Reyna Sagrada,
pues á el decir, que me pesa,
quisiera exhalar el alma.
O, quien tubiera un dolor,
que con la vida acabara?
Sino, es que para mas pena
el Señor la conservara.
Quien pudiera introducir
el corazon en el alma
de la Virgen, pues así
sus penas participara!
Ea, pues, Señora mia,
Madre que tanto nos amas,
aqui está mi corazon,
introducelo en tu alma.
De Madre se que te precias,
pues qué Madre reusara
recibir el corazon
de un Hijo que tanto ama?
Y si yo por pecador
no merezco dicha tanta,
Madre eres de pecadores,
asisteme con tu gracia.



CANTO QUINTO.

YA dixe como en la Cruz,
murió Jesus nuestro Dueño
á fuerza de horrendas penas,
y de indecibles tormentos
Empeño fué de la envidia,
y de su amor, pues es cierto,
que ni ella pudo hacer mas,
ni á su amor tocaba menos.
Con esto se efectuó
de nuestro mal el remedio,
comprandonos la salud
por un infinito precio.
Murió, en fin, y tubo fin
aquel sin fin de tormentos,
que duraron hasta el fin,
por ser fino amante nuestro.
Mas, que diré de la Reyna
y Emperatriz de los Cielos?
tubo fin su padecer?
No, que comenzó de nuevo.
Quien viera aquella Señora
sentada junto á el Madero,
diria, hasta aqui no mas
puede llegar el tormento.
Pero esto fuera engañarse,
pues en tan amante pecho
quedaba mucho que andar
á el dolor y á el sentimiento.
El paso que dió la pena
fue que estaba junto á el cuerpo,
vigilante centinela
del Cadaver de su Dueño.
No se si qual otra Respha,
guardando á sus hijos muertos,
aunque se que aquel dolor
sin comparacion fué menos.
Estaba junto á la Cruz,
con su corazon deshecho,
pero tan fuerte y constante,
qual con varonil esfuerzo.
Vió un esquadron de Soldados,
que con osado despecho
ácia el Calvario venia
con algazara y estruendo.
Temió la prudente Madre,
que aquellos lobos sangrientos
vendrian á destrozar
á su Divino Cordero.
Y volviéndose á el Señor
con melancolico aspecto,
entre dolorosas quexas
le hizo este razonamiento.
O adorado Dueño mio! (26)
O Señor y Dios Eterno!
Qué quieren estos soldados
hacer mas que lo que hicieron?
Ya te quitaron la vida
con tan atroces tormentos,
qué quieren hacer ahora
con este Divino Cuerpo?
Qué haré yo, dulce amor mio?
Aqui deshecha en lamentos
me estaré junto á la Cruz
llorandote sin consuelo.
Pidele, dulce amor mio,
pidele á tu Padre Eterno,
que estos hombres no executen
sus diabolicos intentos.

(26) *Div. Bonav.*

Esto decia la Madre,
y estando diciendo esto,
se llegó aquel Esquadron
de Soldados carniceros.
Quebraron á los Lodrones
las piernas, y despues de esto
se acercaban ya furiosos
ácia el Divino Cordero.
Entonces la gran Señora,
y Emperatriz de los Cielos
fue y se les puso delante,
saliendoles al encuentro.
Qué haces, Señora, qué haces?
Irá á hacer algun exceso
admirable de humildad
tu ejemplar abatimiento?
Mi Serafico Doctor
dará testimonio de ello, (27)
pues su Serafica pluma
dice, que asi fue en efecto.
Se arrodilló la Señora
á los pies de aquellos perros:
ó tierra, como no tiemblas!
estremezcanse los Cielos!
Asi, pues, arrodillada,
liquidas perlas vertiendo,
cruzó sus benditas manos,
y abrió sus labios, diciendo:
Señores, y hermanos mios,
por Dios os pido y os ruego,
no maltrateis mas mi Alma,
destrozandome aquel Cuerpo.
Yo, pues, soy su triste Madre;
mirad, que no desmerezco,
que me hagais ese favor,
y me deis ese consuelo.
Si entendiais, que mi Hijo
era un enemigo vuestro,
ya lo teneis en la Cruz,
pues en ella lo habeis muerto.
Miradme, pues, con piedad,
no atormenteis mas mi pecho,
pues ya no puede mi alma
con dolores tan acerbos.
Y si es vuestra diligencia
para que muera mi Dueño,
suspender la execucion,
pues ha rato que está muerto.
Oia la vil canalla
aquellos humildes ruegos,
capaces de enternecer
los mas diamantinos pechos.
Y en vez de ser compasivos,
ya que no fueron atentos,
correspondieron con risas,
por no decir con desprecios.
Obraron como quien eran,
todo lo dixe con esto,
pues es cierto que las obras
dicen quien son los sujetos.
Un Soldado (que atrevido!)
tomó una lanza (que ciego!)
descargó (que desatino!)
un golpe (que sacrilegio!)
Partió el Corazon de Cristo,
abrió su Divino pecho,
y de un amor infinito
allí se descubrió el centro,
El Corazon de Jesus,
de decirlo me estremezco,
partido de parte á parte:
Jesus mil veces, qué es esto?
Allí se vió dividido
el Talamo verdadero
de la Divinidad toda,
con sacrilego desprecho.

(27) *Div. Bonav. ibidem.*

Alli se manifestó,
alli quedó descubierto
todo el Tesoro de Dios,
y el Archivo de los Cielos.

Alli se manifestaron
los admirables secretos
de todo un Dios, porque alli
todos patentes se hicieron.

Esta injuria tan cruel
la lloró el Divino pecho
con raudales de agua y sangre,
que luego á el punto corrieron.

Y es sentir de Santos Padres,
que para nuestro remedio,
en aquella sangre y agua
manaron los Sacramentos.

O amor de un Dios infinito!
O Señor y Dios eterno,
que asi pagas con finezas
ingratos atrevimientos!

Esta es la razon por que
se llama *cruel* aquel hierro,
que abrió el Divino costado,
rompiendo el Divino pecho.

Dulce le llama la Iglesia
á la Cruz de nuestro Dueño;
pero á la Lanza, *cruel*
le llama, no sin misterio.

Por entender el que encierra
se fatigan los ingenios,
discurriendo en este punto;
pero yo diré el que encuentro:

Fué, pues, segun lo percibo,
porque el Señor á el Madero
dió la espalda, y á la Lanza
ofreció su amante pecho.

Y como el volver la espalda
no es mayor prueba de afecto,
por eso le llama *dulce*,
aun quando le da tormento.

Pero recibir la herida
de aquel á quien da su pecho,
es un dolor que acredita
de *cruel* al instrumento.

Y asi fue la mas sensible
esta injuria en mi concepto,
pues fue de la ingratitud
el signo mas verdadero.

Donde hay dolor semejante!
Donde hay mayor sentimiento,
que cobrar ingratitudes
en vez de agradecimientos!

Y asi en mi corto entender,
fue este el dolor mas acerbo
de todos quantos los hombres
á el Divino Señor dieron.

Es verdad, que en su Pasion
le dieron muchos tormentos;
pero entonces aun no habia
dado la vida por ellos.

Pero herirle, quando ya
ha dado el último aliento!
esa si es ingratitud,
y el proceder mas acerbo.

Esta pena, ya se ve,
no sintió el Divino pecho,
pues que ya no era sensible,
respecto que estaba muerto.

Con que este golpe cruel,
sacrilego, ingrato, y fiero,
á el corazon de la madre
trasladó todo su afecto.

Y esto fue, que de una causa
dos afectos provinieron,
el del dolor en *Maria*,
y el de la herida en el pecho.

San Bernardo lo asegura,
como aqui lo voy diciendo,
siendo del mismo sentir
el gran Padre San Anselmo.

Y en fin, la mismo Señora, (28)
entre otros muchos secretos
que á Brigida reveló,
tambien le reveló esto:

Vi, dixo la gran Señora,
que un Soldado desatento,
con una Lanza á mi Hijo
le traspasó todo el cuerpo,

Y como á el salir la Lanza
vi ensangrentado el acero,
lo sentí realmente, como
si saliera de mi pecho.

Asi quedó esta Señora,
amargamente sintiendo
sobre penas de Hijo vivo
tormentos de un Hijo muerto.

Y asi toda se entregó
en manos del sentimiento,
no se si para morir,
ó para vivir de nuevo,

Bien se, que solo vivia
para sentir sin consuelo;
mas si este modo de vida
es vida, yo no lo entiendo.

Se, que se entregó á la pena,
se que se dió á el sentimiento,
soltando todos los diques,
á todo lo que es tormento.

Asi empapada en la pena
sintió esta Madre en efecto,
mas que los mártires todos
en sus martirios acerbos.

Y asi no hay comparacion,
que adecue á el dolor inmenso,
que sintió con la lanzada,
que le traspasó su pecho.

Fué herida que llegó á el alma
la de este cruel acero
que heridas de ingratitud
del alma llegan á el centro.

¡O, y no seamos nosotros
tan ingratos y tan ciegos,
que en viles ingratitudes
tantas finezas paguemos!

Con esto dexo la pluma,
por cobrar algun esfuerzo,
para volverla á tomar,
prosiguiendo el mismo intento.



(28) *Div. Bonav.*

CANTO SEXTO.

YA dixe, que en el Calvario
quedaba la triste Reyna
viva para el sentimiento,
y para el alivio muerta.
Alli murió muchas veces,
que la voluntad perfecta
no mata solo una vez
por repetir las finezas.
Alli volvia á vivir
para morir, con tal fuerza,
que si vivia mirando,
tambien sintiendo muriera.
Alli miraba á su Hijo,
dulce y adorada Prenda,
y por morir suspiraba
á el ver ı su Vida muerta.
Alli quisiera baxarlo
de la Cruz; pero sus fuerzas
no alcanzaban, y el deseo
le aumentaba mas su pena.
Alli suspira, alli gime,
y alli derramaba tierna
de sus virginales ojos
liquidas hermosas perlas.
Alli instaba dolorosa,
haciendo fuerza de vela,
por si á fuerza de suspiros
baxar el Cuerpo pudiera:
Mas viendo que no es posible,
y que no hay quien lo descienda,
gime y llora sin consuelo,
clama, suspira y vocea:
O vosotros Pasageros, (26)
los que habitais estas tierras,
ved, atended si hay dolor,
que á el mio igualarse pueda?
Me puso desamparada
de el Señor la providencia,
y en acivar de mi alma
convirtió sus luces bellas.
Donde hay martirio mayor,
donde hay semejante pena,
donde hay dolor semejante,
donde hay pasion mas acerba!
Asi exhalándose en ayes
estaba la triste Reyna,
quando advirtió que unos hombres
ácia el Calvario se acercan.
Eran José, y Nicodemus,
que con pronta diligencia
de la Cruz á el Señor baxan,
y á la Señora lo entregan.
Recibiólo en su regazo:
aqui el labio titubea!
Aqui el aliento se pasma!
Aqui enmudece la lengua!
Ea Angeles del Empireo,
Inteligencias supremas,
tomad, tomad esta pluma,
para explicar esta pena.
Jesus muerto en el regazo
de la dolorosa Reyna!
Ay, qué dolor! Qué martirio!
Qué sentimiento! Qué pena!
La felicidad pasada,
que á un triste se le recuerda,
es el mas cruel dogal
en qualesquiera miseria.

(26) *Ex tren. Jerem. c.* I. *v.* 12.

Se acordaba la Señora
quan de distinta manera
tal vez recibió su Hijo,
y en sus brazos lo recrea.
Se acordaba de su infancia,
de su hermosura y belleza,
ponderando la distancia
de mutacion tan funesta,
Y poniendo el corazon
en la prensa de la pena,
se exhalaba en sentimientos,
y se liquidaba en perlas.
Cada vista era un sollozo,
y un triste martirio era,
cada aliento era un suspiro
capaz de partir las piedras.
Aqui el Señor San Bernardo,
con su nativa elocuencia,
ponderaba este pasage,
y dixo de esta manera.
Regaba al Divino Cuerpo (30)
con tan dolorosas perlas,
que parecia que el alma
queria exhalar en ellas.
Se abrazaba con su amado,
se derretia en ternezas,
se deshacia en aromas.
y se liquidaba en perlas.
Se enlazaba con su Esposo,
para que aqui se cumpliera (31)
lo de *Facisculus myrræ,*
et inter ubera mea.
Besaba todas sus Llagas
con la compasion mas tierna,
imprimiendo con sus labios
la expresion de sus finezas.
Y con tan dulce contacto
en sus labios la hermosea (32)
aquella cinta encarnada,
que en los Cantares se cuenta.
O Purísima Palma,
candidísima Azucena,
salpicada con la sangre,
que en vez de manchar blanquea.
Qué dices, Señora mia,
dolorosisima Reyna?
Mas qué ha de decir Maria?
Atencion que va comienza.
Ay Jesus mio (decia)
hermosura la mas bella?
Ay Unigenito mio!
Quién afeó tu belleza?
Ay Espejo de Dios Padre,
Candor de la luz eterna,
Imagen de su Bondad,
y Bondad en todo inmensa!
Qué maldades cometiste,
dulce y adorada Prenda?
Por qué asi te han destrozado
esas inhumanas fieras?
Mas ya veo que tu amor,
tu bondad y tu fineza
para con todos los hombres
te han puesto de esa manera.
Aqui fue tal el dolor
de esta Divina Princesa,
que del Divino Cadaver
no sentia la presencia.
Y asi buscaba á su amado
con la mayor diligencia,
y con dolorosas voces
decia de esta manera:
Yo vi subir á mi Hijo
de este Monte á la aspereza,
pero aqui me lo han quitado,
pues que mi amor no lo encuentra.

---

(30) *D. Bern.* (31) *Cant. c.* 1. *v.* 12. (32) *Cant. c.* 4.